

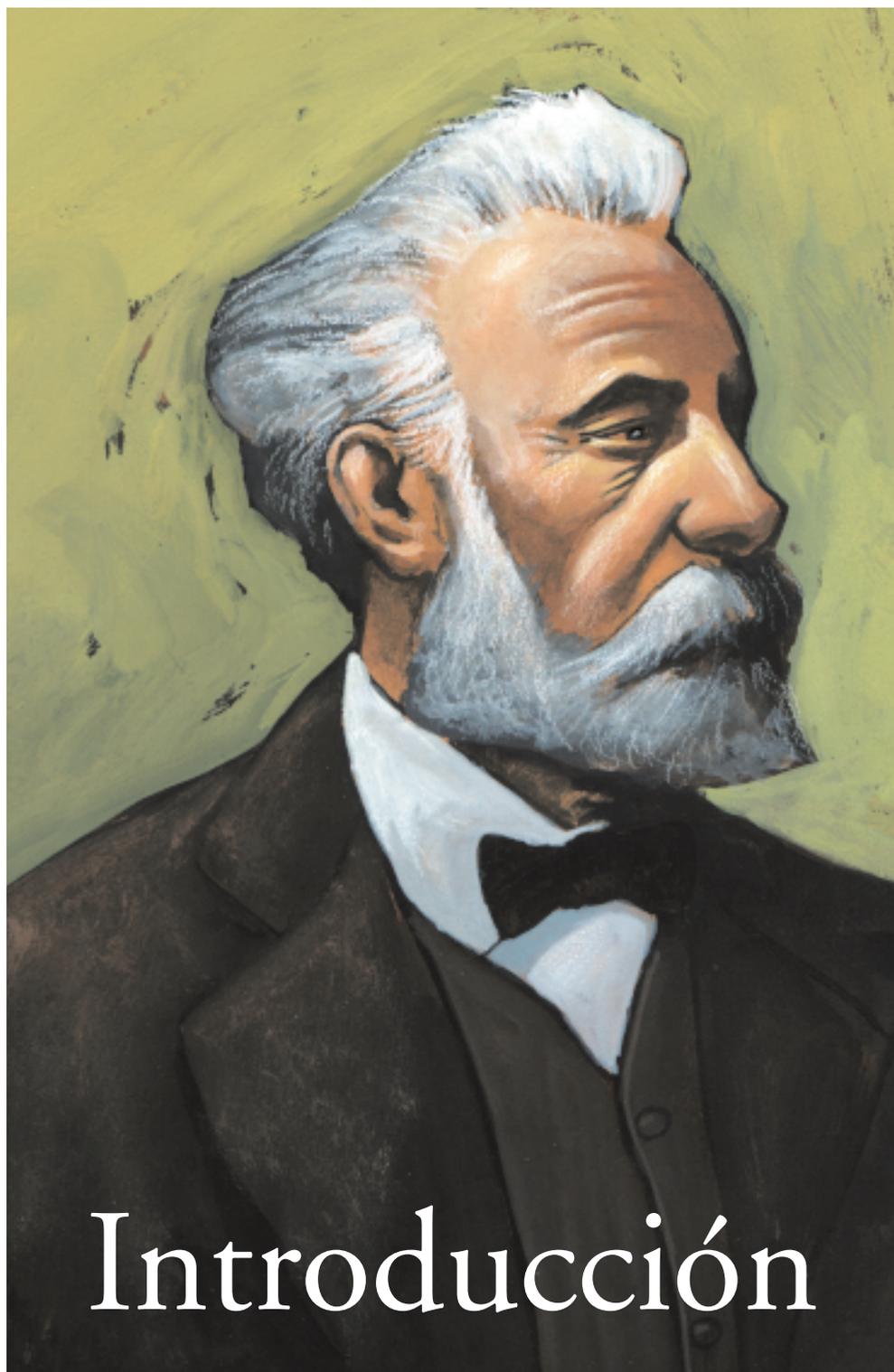
CLÁSICOS
A MEDIDA

Veinte mil leguas de viaje submarino

Julio Verne

Adaptación de Francisca Íñiguez Barrena
Ilustraciones de Max Hierro

ANAYA



Introducción

Argumento y personajes

Los dos protagonistas de esta novela (el capitán Nemo y el profesor Aronnax) y, en general, todos los personajes de Julio Verne son personas curiosas, enérgicas, aventureras, optimistas y llenas de esperanza en el progreso humano, pero sin duda uno de los mayores atractivos de esta obra está en la creación de la figura de uno de ellos, el misterioso capitán Nemo, alguien que no desea tener nada que ver con la superficie terrestre ni con sus gentes. Para este enigmático personaje, el autor crea un submarino que garantice y aísle su tranquilidad.

Julio Verne imaginó también la forma en que el buque pudiera navegar y fuese habitable durante largas distancias y por largos períodos de tiempo. Además, encontró la manera de que unos observadores curiosos, capaces de contar lo que veían en los viajes y en el interior de la nave, accedieran al impenetrable submarino del capitán Nemo. Son los otros protagonistas de la

novela: el profesor Aronnax, su criado Conseil y el arponero Ned Land. Todos ellos formaban parte de una misión oficial estadounidense destinada a investigar la presencia de un monstruo marino; cuando creen haberlo descubierto, lo atacan, pero con la única intención de acercarse a él; de esta manera «aterri-zan» en la sorprendente nave de Nemo (movida por propulsión eléctrica, con ventanas para la observación de la vida submarina, y con capacidad también para navegar por la superficie del océano). El submarino y sus ocupantes (capitán, tripulación y visitantes) recorren lugares recónditos, admiran paisajes y espectáculos maravillosos y se enfrentan a tremendos percances, que son superados, siempre, con ingeniosas soluciones.

El capitán Nemo es un héroe romántico: misterioso, entusiasmado por el ideal de la libertad, orgulloso de sí mismo y de su capacidad inventiva. Quiere vivir aislado, pero no es capaz de abandonar totalmente al resto de seres humanos. Su afán de soledad está simbolizado en su nombre: Nemo significa en latín «nadie».

El profesor Pierre Aronnax es un sabio que no lo sabe todo, de ahí su gran curiosidad, su capacidad de admiración por todo cuanto desconoce, su deseo de que los conocimientos del capitán Nemo no se pierdan.

Los personajes secundarios son Conseil (que en francés significa «consejo»), trabajador y eficiente, y Ned Land, cuya única obsesión es poner pie en «tierra», como indica su apellido, *land*, en inglés.

***Veinte mil leguas...*, algo más que una novela de ciencia ficción**

Una mirada amplia inserta esta obra en la línea literaria que corre desde el *Robinson Crusoe* (1719), de Daniel Defoe, a *El señor de los anillos* (1954), de J. R. Tolkien. Pero las aventuras

del submarino y de su capitán siguen vivas en nuestros días: podemos entrar y ver el *Nautilus* si visitamos las instalaciones de Eurodisney, en París, y encontrarnos al protagonista en las pantallas de cine, convertido en un pez payaso, llamado Nemo, a quien busca su padre, en una película de Walt Disney (*Buscando a Nemo*). Podemos afirmar que la novela, la historia vivida por los personajes protagonistas, es uno de los grandes hechos culturales presentes en la sociedad occidental.

Un personaje especial: el *Nautilus*

El *Nautilus* es un increíble ingenio de la arquitectura naval, pero también un museo donde un hombre culto esconde su secreto. ¿Por qué navega sin descanso? Verne no da mayores datos y Aronnax, el narrador, apenas logra entender los motivos y la psicología de Nemo, quien parece recorrer las profundidades marinas como en una ratificación de su propia libertad. Y hay un atractivo añadido para los lectores españoles: las referencias a nuestro país, en la mención que se hace a la isla de Tenerife o el capítulo dedicado a la ría de Vigo, donde está documentado el hundimiento de unos galeones cargados de oro durante la guerra de Sucesión. La literatura puede más que la historia: si no se ha encontrado nunca ese tesoro, ¿será porque se lo había llevado el capitán Nemo?

Por otra parte, hay que destacar los conocimientos técnicos de Julio Verne para imaginar artefactos que bajen al mar o suban al espacio; los describe con toda clase de datos y detalles sobre su funcionamiento, sus formas y características. En el caso del *Nautilus* es posible que conociera el *Ictíneo*, submarino que había inventado el español Narciso Monturiol hacia 1850, pero en otros casos, como el del satélite artificial que

viaja *De la Tierra a la Luna*, faltaban casi cien años para que tal ingenio fuera un hecho, con lo cual Verne fue un adelantado en su tiempo.

Esta edición

El texto que nosotros presentamos aquí no es la obra completa. Hemos reducido su contenido, hemos resumido acontecimientos y hemos eliminado narraciones, datos y, sobre todo, descripciones. El lector puede encontrar aquí una especie de «aperitivo» que le invite a leer más adelante la obra entera y a conocer todas las maravillas del mundo submarino que nos cuentan en ella. Eso es, sin duda, lo que pretendía Julio Verne y eso es lo que hemos pretendido nosotros.

Primera parte



Un escollo móvil



El año de 1866 quedó en la memoria de muchas personas porque sucedió un hecho inexplicable: varios barcos se habían encontrado en el mar con «una cosa enorme», un objeto largo, fosforescente a veces, infinitamente más grande y más rápido que una ballena. El mundo entero estaba sobrecogido por aquella aparición maravillosa.

En efecto, el 20 de julio de 1866, el barco de vapor *Governor-Higginson*, que hacía una ruta por la India, se encontró con la masa movediza a cinco millas¹ al este de las costas de Australia. El capitán Baker creyó que aquello era un peñasco desconocido, pero salió de dudas al observar que lanzaba, silbando, dos columnas de agua a una altura considerable. Era indudable, por tanto, que debía de tratarse de un animal, un mamífero acuático desconocido hasta entonces.

¹ *Milla marina*: unidad de longitud, equivalente a 1.852 metros.

Informes sucesivos, referentes a nuevas observaciones, conmovieron a la opinión pública y hablar del monstruo se puso de moda. Durante los primeros meses del año 1867, no se volvió a hablar del asunto. Pero, el 13 de abril, el *Scotia*, un barco correo de los más grandes que surcaban entonces los mares, chocó por la parte de babor² con un instrumento cortante o perforante.

—¡Hacemos agua! ¡Nos hundimos! —gritaron los marineros del puente.

Por suerte, aunque la abertura tenía dos metros y la brecha era grande, el barco pudo continuar y alcanzar la costa. Los ingenieros empezaron entonces el reconocimiento del barco, puesto en seco, y apenas se atrevieron a creerse lo que veían. A dos metros y medio bajo la línea de flotación, se abría un boquete regular en forma de triángulo isósceles. El corte era perfecto.

Esto fue lo último que ocurrió, y tuvo como consecuencia que la opinión pública volviese a apasionarse con el tema del monstruo y con los múltiples naufragios que había ocasionado. Justa o injustamente, se achacaron al «monstruo» todas las desapariciones.

En la época en que se produjeron estos sucesos, yo acababa de realizar un viaje por Estados Unidos, donde había participado en una exploración científica. El gobierno francés me había enviado a esa expedición en mi calidad de profesor del Museo de Historia Natural de París. Llegué a finales de marzo a Nueva York y debía estar de nuevo en Francia a principios de mayo. Me enteré del tema que andaba en boca de todo el mundo y, cuando estaba dedicado a clasificar y ordenar todas las muestras mineralógicas, botánicas y zoológicas que había recogido, sucedió el incidente del *Scotia*. La posibilidad del islote flotante, que sostenían los pocos entendidos, estaba siendo rechazada tanto por los que creían que

² *Babor*: lado izquierdo de la embarcación, según se mira de popa a proa, es decir, de la parte posterior hacia la parte delantera.



The World
WEEKLY EDITION

The World
WEEKLY EDITION

se trataba de un monstruo de una fuerza colosal como por los que pensaban que era un barco «submarino» de gran potencia.

Solo un gobierno podía poseer una máquina destructora semejante y, en estos tiempos de desastre en que el ser humano se las ingenia para aumentar la potencia de las armas de guerra, cabía la posibilidad de que un Estado experimentara a espaldas de los demás ese temible artefacto. A mi llegada a Nueva York, varias personas me habían preguntado mi opinión sobre el asunto. Mientras pude, me negué a hablar del hecho, pero el periódico *New York Herald* insistió para que el «honorable Pierre Aronnx, profesor del Museo de París» diera una explicación, y tuve que hacerlo.

Discutí el asunto desde todos sus puntos de vista, política y científicamente, y aquí copio el final de un artículo muy extenso que publiqué en el número correspondiente del 30 de abril. Este fue el párrafo con el que terminaba:

«En consecuencia, tras haber examinado una por una las distintas posibilidades y rechazado cualquier otra hipótesis, es preciso admitir la existencia de un animal marino de extraordinaria fuerza».

Las razones que yo daba para tal conclusión estaban basadas en que las grandes profundidades del océano son totalmente desconocidas. La sonda no ha logrado llegar hasta ellas. ¿Qué sucede en estos lejanos abismos? ¿Qué seres habitan y pueden habitar a doce o quince millas bajo la superficie de las aguas? ¿Cómo es el organismo de esos animales?

Con los conocimientos que yo poseía, estaba dispuesto a admitir la existencia de un narval gigante. El narval vulgar, o unicornio marino, puede alcanzar en ocasiones una longitud de sesenta pies³. Multipliquemos por cinco o incluso por diez esas dimensiones, concedamos a ese cetáceo una fuerza proporcional a

³ Pie: medida de longitud, que, en Inglaterra, equivale a 30,48 cm.

su tamaño, aumentemos sus armas ofensivas y obtendremos el animal en cuestión, capaz de perforar el *Scotia*.

El narval está armado con una especie de espada de marfil, que es un diente duro como el acero. Se han encontrado algunos de esos dientes clavados en el cuerpo de ballenas, a las que el narval ataca siempre con éxito. Otros han sido arrancados, no sin trabajo, de las paredes de los barcos que han sido atravesados de parte a parte.

Mi artículo fue muy discutido, lo cual me valió gran popularidad y me granjeó cierto número de partidarios. La solución que proponía, por otra parte, dejaba campo libre a la fantasía y a que cada cual dejara correr su imaginación. Y el mar es precisamente el único medio en que pueden aparecer y desarrollarse esos gigantes, ante los cuales los animales terrestres, elefantes o rinocerontes, no son sino enanos. ¿Por qué no?

Inmediatamente, comenzaron en Nueva York los preparativos de una expedición destinada a dar caza al narval. Una fragata bien equipada, la *Abraham Lincoln*, se preparó para hacerse a la mar cuanto antes. Estaba mandada por el comandante Farragut.

La emoción que provocó esta noticia fue extraordinaria. El comandante Farragut se dispuso a zarpar. Ni uno solo de los tripulantes faltaba. No había más que encender las calderas, alcanzar la presión necesaria y largar amarras.

Tres horas antes de que zarparan, recibí una carta que decía así:

Señor Aronnax. Profesor del Museo de París.

Muy señor mío: Si quiere Vd. unirse a la expedición de la fragata Abraham Lincoln, el gobierno de la Unión verá con sumo gusto que represente Vd. a Francia en esta empresa. El comandante Farragut tiene un camarote a su disposición.

Cordialmente, le saluda

*J. B. HOBSON
Ministro de Marina.*